

Alberto Blest Gana

EL JEFE DE LA FAMILIA

Y OTRAS PAGINAS

Recopilación e Introducción de Raúl Silva Castro



ZIG-ZAG

EL JEFE DE LA FAMILIA

por *Alberto Blest Gana*

Precedida de un prólogo de Raúl Silva Castro, va en este volumen, que completa la colección de la obra de Alberto Blest Gana, una comedia llena de sabor y de delicado humorismo: "El Jefe de la Familia", comedia que permaneció olvidada en la revista "El Correo Literario", donde se publicó por primera vez en el año 1858, y que aún no ha sido representada, no obstante sus cualidades para ser puesta en escena.

A esa comedia se agregan los artículos de costumbres escritos en diarios de la época por Alberto Blest Gana y cuidadosamente seleccionados por Raúl Silva Castro, crítico literario a quien se debe en gran parte el conocimiento total y la divulgación de aquel escritor chileno. Testimonio del Santiago de otro tiempo, tales artículos eternizan ciertos tipos humanos y constituyen, sin duda, la base de las novelas que más tarde escribió Blest Gana.

La Empresa Editora Zig-Zag, S. A., agrega así este título final a las anteriores obras de Blest Gana, que pueden enumerarse en este orden: "Martín Rivas", "El Loco Estero", "Los Trasplantados", "Durante la Reconquista", "El Ideal de un Calavera", "La Aritmética en el Amor", "El Pago de las Deudas", "El Primer Amor", "Un Drama en el Campo", "La Fascinación", "Gladys Fairfield" y "La Flor de la Higuera". En tal forma, la Empresa Editora Zig-Zag, S. A., tiene la legítima satisfacción de haber contribuido a dar perennidad a la obra de un escritor chileno que, con justicia, ocupa hoy lugar preferente entre los grandes novelistas americanos del pasado siglo.

Empresa Editora Zig-Zag

Portada de Daniel Marshall

EL JEFE

de la

FAMILIA

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

(C) Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1956.
Derechos reservados.
Inscripción N.º 18617.
Santiago de Chile.
1956.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

A L B E R T O B L E S T G A N A

EL JEFE
de la
FAMILIA



Z I G - Z A G

Portada de DANIEL MARSHALL

I N T R O D U C C I O N

SI AL ARTÍCULO DE COSTUMBRES PEDIMOS que nos informe sobre los usos de la sociedad en forma veraz y completa, no podríamos escatimar a los de Blest Gana el título de buenos testimonios de la existencia santiaguina de su tiempo. El autor los escribió en los comienzos de su vida literaria; pero cuando ya había vivido unos cuantos años en Francia, nación de la cual conoció tanto la capital como la provincia y la guarnición así como la sociedad civil. Comparar los usos de Chile con los de la masa de población francesa era para él tarea fácil; y algunos de los efectos cómicos o de reflexión que se observan en estos trabajos de género proceden precisamente de las comparaciones, aun cuando el autor, con buen gusto, no siempre las manifieste como base de su estudio. Pero en los artículos de costumbres de Blest Gana hay un tema más importante que considerar: el de la influencia que tuvieron para las novelas que en seguida produjo el escritor.

Desde este punto de vista, podría decirse de ellos que son esbozos de la novela chilena que se había propuesto hacer y que algunos años más adelante culminaba con títulos como Martín Rivas y El Ideal de un Calavera. En la novela, cual el autor la imaginaba, debían aparecer las costumbres nacionales no a modo de cuadros sueltos, sino engarzadas en la trama novelesca, como accidentes, sin reflexiones marginales de carácter ideológico, y suscitadas por la corriente de vida que arrastra a los personajes novelescos hasta el desenlace. Tam-

bién desde este punto de vista podría decirse, en fin, que el material humano que Blest Gana manejó en sus artículos de costumbres carece de fisonomías individuales. Como todos los costumbristas, diseñó tipos antes que hombres separados y auténticos. En la novela, en cambio, dejó fuera a los tipos y concretó su interés a los hombres.

Blest Gana comenzó su labor de costumbrista en El Museo (1853), en donde publicó sólo dos artículos de costumbres; la prosiguió en La Semana (1859-60), con una docena más, y le dio término en El Independiente (1864), diario que le permitiría agregar cinco títulos a la galería de tipos nacionales que estaba esbozando. A esta nómina puede agregarse otro más, Mudanzas de Domicilio, que apareció en La Voz de Chile (1862). Por otra parte, en este diario publicó también la sección titulada Conversación del Sábado, durante doce semanas, con algunas interrupciones, entre abril y julio del año señalado. Y aun cuando en estas charlas semanales se mezclen los temas y se dé mucha importancia al comentario de los sucesos políticos, las costumbres también aparecen.

El bagaje que Blest Gana presenta como costumbrista no es, pues, tan escaso como para dejarlo olvidado; más bien podría decirse que es rico por el gran número de escenas que describe, así como por la viveza del tono. Aun cuando su expresión sea por lo general piadosa y dulce, no se le ocultan las ridiculeces del ambiente, y cuando llega el caso de exponerlas, no vacila en darles entrada a sus escritos. Y es aquí, en fin, más intencionado que en la novela, género en el cual Blest Gana se inclinó siempre antes a la indulgencia que a la sátira.

Mayor importancia cobra todavía, en conjunto, el racimo de los artículos de costumbres si se consideran las fechas en que fueron compuestos. Al publicarse El Ideal de un Calavera, uno de los amigos del autor recibió una interesante confesión en la carta escrita para agradecer su comentario.

Desde un día en que leyendo a Balzac hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, y abandonar el

campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones.

Y es interesante anotar que este auto de fe con el cual el escritor, simbólicamente, canceló una etapa de su producción para emprender otra, ha debido producirse a las alturas de la primera campaña de artículos de costumbres que hemos señalado, la de El Museo. Este periódico literario publicó no sólo los artículos que señalábamos, sino también la novela Una Escena Social y, en fin, una poesía que lleva las iniciales de Blest Gana. Y como es digna, por las circunstancias que la rodean, de ser conocida, he aquí sus estrofas:

AL CORAZON

Tú, corazón tan débil ya falto de alegría,
Tan joven y cansado, sin vida y sin amor;
Tú, que agotaste el cáliz de la creencia mía,
Despacio, no palpites, mi pobre corazón.

Si huyeron presurosos los tiempos encantados,
Llevándose por siempre tu fuerza y tu vigor,
Deja que el llanto moje los párpados cansados,
Mas no palpites tanto, mi pobre corazón.

Si buscas los ensueños que tu niñez mecieron,
Tus blancas ilusiones en su primera flor,
La gala que las penas voraces destruyeron,
En balde no te agites, mi pobre corazón.

¿Qué quieres? ¿Un sonido que calme tus pesares?
¿La voz a cuyo influjo latías con ardor?
¿Los goces que en tu seno vertían a millares?...
¡Despacio, más despacio, mi pobre corazón!

No invoques los recuerdos de tiempos bendecidos,
No evoques la memoria de un sueño bienhechor;
Si llamas los placeres por nuestro mal perdidos
En lágrimas se cambian, mi pobre corazón.

*Los rayos más templados de triste indiferencia,
La calma del olvido, la ausencia del dolor,
Traerán más gratas horas, calmando tu impaciencia,
Y así latirás menos, mi pobre corazón.*

En septiembre de 1853, fecha en que fue dada a luz aquella poesía, Blest Gana creía conveniente dar a conocer al público sus producciones rimadas; pero desde entonces cambia de intención y se reduce a la prosa. El cambio estaba destinado a dar paso a las letras chilenas al más caudaloso trabajador de la novela, que con un acto de voluntad se había propuesto descollar en este género o... abandonarlas. No parece haber escrito más versos en su vida, y, en cambio, novelas produjo hasta la más extrema ancianidad, ya que El Loco Estero es de los setenta y nueve años, y Gladys Fairfield, de los ochenta y dos. Y si los escribió, no los hizo imprimir. El gran periodista británico Oppen de Blowitz (1825-1903), que llegó a ser famoso como corresponsal de The Times, en París, hablando de los salones parisienses decía:

Le he oído a la Condesa de Primrose alabar la galanura y donaire de los versos de M. Blest Gana, con tanto entusiasmo, que me dejó la impresión de que ella leía en las estrofas algo que los demás no comprendían. Poco después, mi duda se convirtió en convicción. La Condesa, me dijeron, no habla español.

Puede tratarse de versos de álbum, tanto más reservados cuanto más intención atribuyamos al comentario del periodista; pero con ellos no parece el autor haber querido quebrantar el propósito que se trazó en Chile en 1853.

Y si se nos permite dejar para nueva discusión esta reincidencia de Blest Gana en el género poético, si la hubo, podremos volver a sus artículos de costumbres para señalar, en fin, que nos ha parecido conveniente agregarles los relatos de viaje, ya que en ellos los usos sociales también ocupan importante fragmento. Es autor de dos, Viaje a los Baños de Chillán (1860) y De Nueva York al Niágara (1867). En el primero el matiz histórico sobresaliente para el gusto de la generación

de hoy, es el trayecto en diligencia, la vista de los campos incultos, las estaciones del viaje calculadas para aliviar el peso de la fatigosa caminata, la rusticidad de las instalaciones balnearias, todo, en fin, lo que hoy parece tan lejano y distante en virtud de la obra suavizadora del progreso mecánico que permite hacer viajes similares en automóvil y en avión. En el segundo hay notas parecidas. Cuando el autor estuvo en los Estados Unidos tampoco se habían trazado las suaves carreteras de hoy; pero más relieve alcanza la descripción de las costumbres norteamericanas, que el autor capta por comparación con las de Chile. Y hay, en fin, la legítima estupefacción del hombre ante la maravilla de la naturaleza. Blest Gana no era de esos patriotas enragés que declaran preferir a lo extranjero lo nacional sólo por ser esto lo que primero vieron sus ojos. La comparación de las riberas del Hudson y de los canales australes de Chile, que Blest Gana había recorrido en su viaje a Francia, le lleva, sin embargo, a dejar establecido que en éstos hay un grado de sublimidad que no se divisa en aquéllas. Cosa muy distinta se desprende de la relación de la caída. Pérez Bonalde y Heredia escribieron sendos poemas sobre el Niágara, cuya fabulosa catarata consiguió inspirarles; Rubén Darío, aun cuando se confesaba dominado por "el milagro", dejó muda su lira. Blest Gana, en cambio, redactó una nota amplia, con muy valiosos detalles de costumbres y con una mezcla seductora de risa y de tragedia.

Se incluye en este libro la obra teatral *El Jefe de la Familia*, que Blest Gana publicó en *El Correo Literario*, 1858. Jamás la puso en volumen, y hasta hoy ha quedado olvidada en las páginas de aquella revista. Podría decirse de ella que es una sucesión de cuadros de costumbres, evocados por medio de personajes que dialogan, y dentro de los artículos de ese género que Blest Gana escribió, cabría como parienta próxima de los destinados a pintar bailes y visitas. Es vivo el contraste entre el marido apocado y la mujer emprendedora y exigente, y muy de la época la farsa que puede hacer en Santiago el tunante que declara haberse enriquecido en una mina de

Copiapó, cuando esta localidad encontrábase pletórica de seres que aventuraban en busca de la fortuna. Sea como fuere, por no haber sido jamás representada, la comedia *El Jefe de la Familia* es una incógnita desde el punto de vista teatral.

Para entender claramente lo que el autor dice en las diversas piezas que se recogen en este volumen, es indispensable, tal vez, conservar la noción de las fechas en que fueron escritas. Las más antiguas son de 1853, y de 1864 las más recientes, con la sola excepción del viaje al Niágara, escrito en 1867 y fuera de Chile. El mundo social que Blest Gana diseña en sus cuadros ha cambiado mucho, pero las almas de los hombres se han transformado menos, y hasta podría decirse que en medio de violentos trueques de los usos materiales, persisten unas mismas al través del tiempo. La recopilación se hace, pues, en el entendimiento de que son los contrastes entre la sociedad de ayer y la de hoy los que merecen la nueva lectura. Y como el autor de las escenas mostró ser, andando el tiempo, avezado novelista, de estos cuadros sueltos, que cogen inspiración en las vibraciones del ambiente, imperceptibles para sus propios héroes, puede en fin afirmarse que completan las novelas en calidad de esbozos.

RAÚL SILVA CASTRO.

EL JEFE DE LA FAMILIA

Comedia en tres actos.

PERSONAJES

D. Manuel Verdoso	45 años.
Doña Prudencia Bustos (su mujer)	40 "
Doña Clara (su hija)	17 "
D. Claudio Bustos	50 "
Doña Aurora (su mujer)	25 "
Enrique Saldalla	29 "
Casimiro Lainez	26 "
Juan (criado de don Manuel)	48 "
Criados, convidados, damas, etc.	

La escena es en Santiago en casa de don Manuel Verdoso.
Año 1857.

ACTO I

ESCENA 1.^a

El proscenio representa un lujoso salón; en primero y segundo término, puertas laterales. Una puerta al fondo, que comunica con un salón de baile. Se oye música al interior y diversas parejas atraviesan por delante de la puerta del fondo. Don Manuel sale con un pañuelo en la mano, seguido por Juan.

D. Manuel.

(Dejándose caer sobre una silla) Ah, por fin aquí se puede respirar. Póngase usted a dar bailes por complacer a la señora y para divertir al prójimo. ¡Buena ocupación!, desde esta mañana trabajando sin fumar un cigarro; dando vuelta los muebles, los floreros, la casa entera, en una palabra, y por complemento tener que mostrar la cara risueña a todos los que nos hacen el favor de venir a comernos la cena.

Juan.

Así es el mundo, señor; para los unos el descanso y la agitación para los otros.

D. Manuel.

Oye, Juan... Desde la famosa Sociedad de la Igualdad, observo en tu conversación mucha tendencia al raciocinio y sobre todo a quejarse de la suerte.

Juan.

Es que debo tan poco a sus favores.

D. Manuel.

Eso es lo que dicen todos los pobres. ¡Yo quisiera verte rico!

Juan.

Y yo también.

D. Manuel.

Y casado.

Juan.

Dios me libre.

D. Manuel.

En esto tienes razón; te aseguro que por mi parte siempre miro con envidia la suerte de los solterones; no hay duda

que son entes privilegiados: no tienen que consultar más voluntad que la propia, duermen como bienaventurados y sobre todo gozan de una dicha incomparable: no tienen ni mujer que los mande ni hijas para quienes buscar maridos.

Juan.

En cuanto a marido, no creo que sea lo que más le cueste a su merced encontrar, pues la señorita Clara...

D. Manuel.

¿Te parece, Juan? Pues ten entendido que es una especie que se hace cada día más escasa. Un buen novio en estos tiempos es tan raro como era un inglés ahora cincuenta años en Santiago.

Juan.

Dicen, sin embargo, que el señor don Enrique...

D. Manuel.

¿Y a ti qué tal te parece don Enrique?

Juan.

¿Para qué, señor?

D. Manuel.

Para marido se entiende. Estamos hablando de eso.

Juan.

Pues, señor, facha no le falta.

D. Manuel.

¿Qué quieres decir con eso?

Juan.

Que si es tan rico como aparenta, debe ser por lo menos millonario.

D. Manuel.

Algo, algo de eso hay. Enrique tiene cuatro barras en el Cuerno de Abundancia.

Juan.

Con perdón de su merced, ¿qué es eso que llaman Cuerno de Abundancia?

D. Manuel.

Una de las más ricas minas de Copiapó, hombre, plata en barra pura.

Juan.

Si es así, señor, que Dios le aumente los cuernos; yo no soy envidioso.

D. Manuel.

Será un brillante marido, ¿no es así?

Juan.

Como mandado hacer, señor; aunque cuentan que el caballero es algo...

D. Manuel.

¿Algo qué?

Juan.

Algo tunante, señor.

D. Manuel.

Bah, por eso es que lo quieren las niñas. Te aseguro que si yo no hubiese sido tan juicioso, otro viento me habría soplado. Pero eso se pasa casándose y el hombre que ha sido algo vivo queda entonces en un buen término medio.

Juan.

De manera que el que no ha sido muy avisado acaba de rematarse.

D. Manuel.

Además, yo creo que Clara lo quiere de veras.

Juan.

¡Oiga!, ¿conque hay dos modos de querer?

D. Manuel.

Quiero decir que Clara está decidida por él, y como es igualita a mí, la chiquilla debe ser resuelta.

Juan.

(Aparte) Bien dicen que nadie se huele, pues delante de la señora no se atreve a levantar los ojos.

D. Manuel.

Y yo soy como mi padre, que cuando decía una cosa...

Juan.

(Aparte) Se quedaba callado hasta que volvía a hablar.

D. Manuel.

Sólo una cosa siento en esto, Juan, y es que el mocito no es muy del agrado de Prudencia, pues pretende que Enrique no es nada bien educado, que sólo se ocupa de las niñas y desatiende a las madres.

Juan.

Le diré, señor, que como criado viejo tengo experiencia y siempre he visto que de ese pie cojean casi todas las señoras mayores que tienen hijas casaderas.

D. Manuel.

Debilidades de mujer que no consienten en confesar los años.

Juan.

Sí, y confiesan los desengaños, que es lo mismo.

D. Manuel.

(Acomodándose en la silla) Una de las cosas por que deseo ver a Clara establecida es para que nos dejemos de estos bailes; después de cada uno de ellos quedo como apaleado.

Juan.

Y qué diré yo, señor, que tengo que trasnochar después de levantarme al amanecer.

D. Manuel.

Te prometo, Juan, que por este año se acabaron aquellos bailes.

Juan.

(Aparte) Mientras la señora no disponga otra cosa. (Alto) Que Dios lo escuche, mi patrón; porque le aseguro que aunque me haya envejecido al servicio de su familia, no me siento con fuerzas para repetir la tarea de estos días, y me veré obligado a buscar servicio en otra parte.

D. Manuel.

Cállate, Juan; yo no permitiría eso jamás; tú ya no eres un criado, sino uno de la familia. Ya te lo he dicho; por este año no permitiré más bailes.

Juan.

(Mirando la puerta de la derecha) Ojalá fuera él quien mandara. Señor, aquí viene doña Prudencia.

D. Manuel.

(Levantándose con precipitación) ¡Mi mujer! ¡Dios nos asista!

Juan.

(Aparte) Es decir que Dios lo asista; por que yo no la espero (vase).

ESCENA 2.^a

Don Manuel y doña Prudencia, que entra por la primera puerta de la derecha.

Doña Prudencia.

¡Qué tal, señor don Manuel! Mientras yo estoy desde las nueve recibiendo la gente, usted se viene a descansar como si no tuviese nada que hacer.

D. Manuel.

Pero, hijita, me acababa de sentar y venía a ver si los helados...

Doña Prudencia.

Este no es lugar para ver los helados, y usted debía haberlos hecho servir hace media hora.

D. Manuel.

Es cierto, corro a verlos al instante. (Hace ademán de irse por la puerta de la izquierda.)

Doña Prudencia.

Oiga usted, que sirvan los helados de naranja.

D. Manuel.

(Que ha vuelto y hace ademán de irse) Los de naranja, al momento.

Doña Prudencia.

Oiga usted, que sirvan también barquillos.

D. Manuel.

(Como antes) Eso es, los barquillos también.

Doña Prudencia.

Espere usted. ¡Jesús!, con este hombre no se puede hacer nada. Oiga usted, que sirvan los barquillos en las bandejas de plqué y los helados en los platillos de porcelana.

D. Manuel.

(Con precipitación) Las bandejas en los barquillos de plaqué con los platos de porcelana.

Doña Prudencia.

¡Dios nos valga! Los barquillos en las bandejas y los helados en los platillos que están sobre el aparador. Hágalo usted mismo; porque los criados no sirven más que para hacer torpezas.

D. Manuel.

(Que ha hecho varias veces ademán de irse) Paciencia, cuando la señora da fiestas, para mí principia el purgatorio.

Doña Prudencia.

(Pensativa) Qué otra cosa tenía que disponer...

D. Manuel.

(Lo mismo) Qué otra cosa...

Doña Prudencia.

Y cuando una tiene que pensar en todo; porque en esta casa a nadie se le ocurre nada.

D. Manuel.

(Tomándose la cabeza) Ay, principia el agua y éste es el tercer chubasco.

ESCENA 3.^a

Los mismos y Clara entrando por la puerta del fondo.

Clara.

Mamá, mamá, acaba de llegar doña Bárbara con sus seis hijas y están preguntando por usted.

D. Manuel.

Y ésas que de todo se enojan, ¡cómo estarán por que no hemos salido a recibirlas!

Doña Prudencia.

(A don Manuel) ¿Aún está usted aquí? Y los helados, señor; ¿espera usted que vaya yo a servirlos?

D. Manuel.

Allá voy al momento. Es que la tal doña Bárbara se me había atravesado en la imaginación. Hay gentes, hijita, con las cuales es necesario siempre estar alerta.

Doña Prudencia.

Deje usted para después sus observaciones y haga lo que he ordenado.

D. Manuel.

Dices bien, los de naranja, como que no se hayan vuelto a descuajar. Doña Bárbara debe estar como un león (vase).

ESCENA 4.^a

Doña Prudencia y Clara. Después Enrique y Casimiro.

Doña Prudencia.

(Arreglando a Clara el vestido.) Ya andas toda chupada; ten cuidado, al sentarte, de levantarte el vuelo, que parece que te has acostado en el vestido.

Clara.

(Aparte) ¡Quinto sermón, como fuera el último!...

Doña Prudencia.

Vamos a saludar a doña Bárbara. (Sale antes que Clara, mientras Casimiro y Enrique entran.)

Enrique.

(A Clara.) No olvide usted que las próximas cuadrillas son mías, ya que no tuve el placer de bailar con usted las anteriores.

Clara.

La culpa fue de usted, que llegó demasiado tarde.

Doña Prudencia.

(Apareciendo en la puerta del fondo) Vamos, Clara, ¿piensas quedarte aquí?

Clara.

No, mamá, voy al instante (vanse).

ESCENA 5.^a

Enrique y Casimiro.

Casimiro.

(Riéndose) Sin ser profeta se puede pronosticar que al que sea yerno de doña Prudencia se lo canonizará en vida y sin más prueba de martirio.

Enrique.

Bah, los reales del padre componen todo. Sabes, Casimiro, que ese apreciable de don Manuel tiene sobre sus buenas prendas personales seiscientos mil pesos bien contados.

Casimiro.

Para mí más vale la chica que todo eso. ¡Qué carácter, Enrique, qué ángel es esa niña!

Enrique.

Adorable y es hija única y su padre no tiene ni un centavo de deuda.

Casimiro.

Con ustedes, mineros, hombres positivos, no se habla, sino que se calcula. Para ustedes la niña soltera representa un cierto capital y emprenden un casamiento con las mismas miras con que compran una barra de mina.

Enrique.

Con la diferencia que lo primero nos cuesta doblemente más caro.

Casimiro.

¿Y por qué?

Enrique.

¿Por qué?, y eres hombre soltero y me lo preguntas. Amigo, en esta lotería que llaman matrimonio, el lote nos cuesta nuestro principal tesoro, nuestra libertad.

Casimiro.

Es decir que ustedes venden esa libertad por una dote o una herencia y por esa esperanza encadenan a una pobre niña inocente, ¡y la hacen expiar con mil pesares el crimen de haberse dejado engañar!

Enrique.

Eres muy elocuente; pero no me convences. Tu moral huele a rancio desde lejos.

Casimiro.

Es verdad; pero tú no apuntas su principal defecto y es que es verdadera, y nada hay más intempestivo que esas buenas y viejas verdades que por más que se quiera reemplazarlas, prevalecen a despecho de todo artificio.

Enrique.

Hablemos claro y dejémonos, Casimiro, de frases buenas para impresionar a los niños. ¿Qué es lo que quiere una mujer

soltera de cualquiera edad y condición que sea?: marido, ¿no es así?, aun cuando éste se presente bajo la forma más irregular o ridícula.

Casimiro.

Lo que es bastante natural.

Enrique.

Muy bien; pero el marido es para ellas la personificación de la libertad, de la vida social con todos sus encantos, del lujo y opulencia muchas veces, y como siempre los hombres andamos en razón inversa de esas encantadoras criaturas, sucede que la esposa es para nosotros la esclavitud, el aislamiento y el fastidio; luego, al sacrificarnos debemos buscar algo que nos recompense nuestra libertad y somos lógicos si buscamos dinero.

Casimiro.

Triste lógica, la del peor de los egoísmos.

Enrique.

Amigo, es la única practicable en el día.

Casimiro.

Pues el método no me parece envidable y se necesita más que sangre fría para practicarlo. ¿Qué hacen ustedes? Representan la felicidad por unos cuantos miles de pesos; engañan para obtenerlos todas las esperanzas de una mujer; se mofan de su creencia en el amor, el más sublime de sus atributos; la vuelven desengaños en pago de su abnegación, y todo ¿para qué?

Enrique.

Para vivir con honradez y con juicio.

Casimiro.

No, tal vez así sería perdonable; pero no es para eso. Es

para tener un coche con vistosa librea, para tener una buena mesa, amigos aduladores y poder arrojar sobre una mesa de juego el dinero que tal vez ha costado la salud al hombre cuya hija sacrifican sin piedad.

Enrique.

Qué quieres, los moralistas van de baja y éstas son las exigencias de la sociedad eminentemente civilizada en que vivimos. ¿Quieres que te prediga tu porvenir?

Casimiro.

Por cierto que no dejará de ser curioso ese vaticinio.

Enrique.

Pues bien, si practicas esas bellas ideas, conseguirás un día casarte por amor, tendrás una mujer llena de ilusiones y ambos bajaréis tomados de la mano del séptimo cielo de esa felicidad, a comer el puchero y el charquicán servido por alguna gorda huasa de Maipo.

Casimiro.

Y por qué no he de alcanzar la fortuna.

Enrique.

¿Por qué camino? En el día las profesiones dan apenas para vestirse. No tienes hacienda ni mina en alcance; no te queda más recurso que el santo matrimonio (haciendo señas de barajar un naípe) o la suerte.

Casimiro.

No, con honradez y laboriosidad se puede alcanzar todo, y si al fin se logra la fortuna, ¡con qué orgullo se disfrutará de un bien tan noblemente adquirido!

Enrique.

Sí, ya te entiendo. La opulencia en la vejez, ¿no es así?, con un buen catarro crónico y el humor siempre indigesto, con

una mujer por aditamento, a quien los encajes, las blondas y los brillantes la ridiculizarán más que a mi sacristán la levita que se pone los domingos; gracias, prefiero quedarme soltero y bostezarles a las paredes de mi cuarto. Yo te confesaré que siempre he puesto en práctica mis principios, lo que no deja de ser un mérito, ya que hay tantos que sólo practican los ajenos, y te aseguro que cada día me felicito más de haberlo hecho así. ¿Tú sabes que estuve para casarme en Copiapó?

Casimiro.

Sí, con Aurora Díaz, una niña excelente, virtuosa y bella...

Enrique.

Sí, eso es, tenía todas las perfecciones imaginables (aparte), como el aceite de Macassar.

Casimiro.

Y cuentan que tú la abandonaste porque se supo repentinamente la ruina del padre.

Enrique.

(Aparte) Diantre, éste parece hallarse mejor instruído de lo que yo creía. (Alto) En eso te han equivocado: pero en fin, poco importa; más bien dejaré creer una cosa que me perjudique, antes que...

Casimiro.

(Admirado) ¡Cómo! ¡Un rasgo de generosidad!

Enrique.

(Con énfasis) Sí, amigo, y eso que la generosidad es la única moneda que me arrepiento de haber malgastado en mi vida.

Casimiro.

(Aparte) Ya lo creo, pues la de oro la pierdes al juego con la misma facilidad con que la ganas. (Alto) Pues volvien-

do a tu casamiento con Aurora Díaz, mi opinión es que con ella, aun siendo pobre, habrías sido feliz.

Enrique.

Mucho lo dudo; la pobreza arroja al amor por la ventana.

Casimiro.

¿Y ella se ha casado?

Enrique.

Tú sabes que Dios recompensa siempre la virtud. Aurora ha salido de ese maldito pantano de la soltería, tomando la mano que le pasó un joven... de cincuenta años.

Casimiro.

¿Y es feliz?

Enrique.

Cómo no, las mujeres se acomodan a todo.

Casimiro.

(Aparte) Yo estoy seguro que ella ha ganado en el cambio.

Enrique.

Joven o viejo, poco importa; lo que se quiere es una posición social, pues ellas nos hacen la honra de creer que mientras están solteras se encuentran en el aire.

Casimiro.

Mucho las críticas hoy.

Enrique.

Al contrario, alabo su juiciosa filosofía.

Casimiro.

Una cosa me admira sobre todo, y es que con las ideas que acabas de emitir, tengas, sin embargo, deseos de casarte.

Enrique.

En esto tengo gran semejanza con tantos hombres que, conociendo que son cobardes, abrazan, no obstante, la carrera de las armas con la esperanza de una paz perpetua.

Casimiro.

(Aparte) Y con la del sueldo ante todo.

Enrique.

Además, me queda la ambición de todo hombre desengañado y fastidiado.

Casimiro.

¡Tú, fastidiado!

Enrique.

Más que ningún otro; ¿qué puede ya causarme alguna emoción?, ¿el amor? Me preparo a mi última campaña y tengo la seguridad de ser vencedor...; ¿el vino?, me hace un mal horrible; los médicos me dicen que para mí es un veneno; de modo que faltándome estas fuentes de distracción, tengo deseos de entregarme a la política.

Casimiro.

Famosa idea: la política es una madre que tiene sus brazos abiertos para todos: arrójate en ellos, (con malicia) guárdate sí que al apretarlos lo haga con tal efusión, que te aniquile para siempre: esto le suele suceder y con sus hijos predilectos.

Enrique.

Allí está la diversión, en saber sacar el lance.

Casimiro.

Tú querrás ser diputado, por ejemplo.

Enrique.

Sí, para principiar...

Casimiro.

Mas no diviso que con el matrimonio avances algo en ese camino.

Enrique.

Bien se conoce que no has nacido para la vida política; hay para ello dos razones muy fáciles de adivinar: primero, mi novia es rica. Esto me parece que no tiene necesidad de explicación.

Casimiro.

Comprendo que con el dinero aumentas tu influencia más...

Enrique.

¿No divisas la segunda razón? Pues es muy sencilla. Los gobiernos se entienden mejor con los hombres de estado...

Casimiro.

Claro está, ése es un oficio.

Enrique.

Quise decir con los casados; porque necesitan hombres dóciles, habituados de antemano a la obediencia; por esto es que en lugar de solteros, hombres que vivan en completa independencia, prefieren naturalmente...

Casimiro.

A los que están domados ya. (Sonriéndose) Tu raciocinio me parece muy lógico en verdad.

Enrique.

Como ejemplo de esta verdad, tienes a nuestro buen amigo don Manuel, que...

ESCENA 6.^a

Don Manuel por la puerta de la izquierda, seguido de dos criados con bandejas de helados y barquillos.

Enrique y Casimiro.

D. Manuel.

Sigan derecho, cuidado con botar los platos sobre las señoras como la otra noche. (Baja hacia la derecha sin ver a Enrique y Casimiro) ¡Ay!, ¡estoy literalmente molido! ¡Qué divertida cosa es divertir a los otros (limpiándose la frente) y servir refrescos! Me siento como en un horno: se me figura que estoy en la Cámara y que voy a tomar la palabra.

Enrique.

(Saludando) Señor don Manuel.

D. Manuel.

Caballeros, ¿y cómo se va pasando la noche? ¿Se divierten ustedes?

Casimiro.

Muchísimo.

Enrique.

Perfectamente.

D. Manuel.

(Limpiándose la frente) Y yo también.

Casimiro.

Pero usted parece agitado.

D. Manuel.

(Aparte) Cómo decirles que mi mujer me tenía sirviendo helados.

Enrique.

Don Manuel estaría bailando.

D. Manuel.

Eso es, estaba bailando el minué y...

Enrique.

Hola, conque están bailando minué.

D. Manuel.

Quiero decir unas cuadrillas, y como me tocó una compañera de muchos quintales de peso... Yo no sé por qué las personas gordas se atreven a bailar.

Enrique.

Es un descaro inaudito. Lo mejor sería no convidar a los bailes más que gente flaca.

D. Manuel.

Pues, hombre, es una buena idea.

Casimiro.

Que tiene un solo defecto.

D. Manuel.

¿Sí, cuál?

Casimiro.

El de ser mala.

Enrique.

Acabo de bailar con Clara, señor don Manuel; está encantadora de elegancia y hermosura.

D. Manuel.

Eh, eh, regularcita.

Enrique.

Y luego su señora de usted es tan amable; para todos tiene una sonrisa.

D. Manuel.

Eh, eh, para todos, sí. (Aparte) Cuéntamelo a mí, que siempre le veo los dientes.

Enrique.

Tiene usted muy buen gusto en dar tan brillantes reuniones.

D. Manuel.

Es lo que yo digo, son muy divertidas. Ah, se me olvidaba dar a usted una noticia.

Enrique.

¿A mí?, ¿y es buena?

D. Manuel.

Usted debe haber visto, entre los nombres de pasajeros llegados de Copiapó por el último vapor, el de mi cuñado Claudio.

Enrique.

(Aparte) ¡Don Claudio Bustos!, el marido de Aurora. (Alto) No sé, no recuerdo bien.

D. Manuel.

Pues hoy he recibido una carta suya en la que me anuncia su salida de Valparaíso. Mañana debe estar aquí y tendremos el gusto de abrazarlo. Usted lo conoce mucho, ¿no es así?

Enrique.

Así, un poco; en Copiapó, como usted sabe, todos se conocen poco más o menos.

D. Manuel.

(Con malicia) ¿Pues usted conoce mucho más a la mujer?, eh, eh.

Enrique.

En efecto, he tenido alguna amistad con la familia de Aurora.

D. Manuel.

Ah, tunante, por aquí todo se sabe.

Enrique.

(Con admiración) ¡Cómo usted ha sabido!...

D. Manuel.

Pero, hombre, unas calabazas quién no las ha dado.

Enrique.

Le aseguro a usted que...

D. Manuel.

En mi tiempo se cosechaban muy buenas. Donde usted me ve, yo he sido muy galán y no me avergüenzo de confesarlas. Qué quiere usted. La mujer es un ser inconstante, eso es cosa sabida; pero una vez casada se la amolda convenientemente, el hombre hace valer su autoridad. Así, yo, por ejemplo, cuando ordeno en mi casa alguna cosa...

ESCENA 7.^a

Los mismos y doña Prudencia, que se pone delante de don Manuel.

Doña Prudencia.

¿Cómo?

D. Manuel.

(Aparte) Ay, ay, ay, esto no más me faltaba y será el vigésimo chubasco.

Doña Prudencia.

¿Qué decía usted a estos caballeros?

D. Manuel.

Les contaba, hijita, la llegada de tu buen hermano, y Enrique participa de todo nuestro júbilo.

Doña Prudencia.

(Al oído de don Manuel y con imperio) Haga usted servir los de almendras inmediatamente.

D. Manuel.

Al momento, hijita, voy corriendo. (Aparte) Y de buena me escapo (vase).

ESCENA 8.^a

Los mismos, menos don Manuel.

Enrique.

(A Casimiro y mostrando a don Manuel que sale) El suegro es adorable con sus golpes de autoridad.

Doña Prudencia.

¿Ustedes bailan muy poco, caballeros?

Casimiro.

Al contrario, señora, somos grandes aficionados a la danza.

Doña Prudencia.

Pues hace usted muy bien en no seguir la moda que quieren introducir los jóvenes del día. Ya es de renunciar a dar

bailes en Santiago, los hombres no quieren bailar, ni atienden tampoco a las señoras. ¡Qué costumbres! En mi tiempo era bien diferente.

Enrique.

(Aparte) No lo dudo, pues que ella llegó a casarse.

Casimiro.

(Ofreciendo el brazo a doña Prudencia) ¿Quiere usted volver al salón? (vanse).

Enrique.

Parece que Casimiro es mi rival, pues se está labrando méritos.

ESCENA 9.^a

Enrique solo.

Esta llegada de don Claudio puede desbaratar todos mis planes y arrebatarme la fortuna de don Manuel... Don Claudio y Aurora saben todos los detalles de mi quiebra en Copiapó y el deplorable estado de mis negocios. ¿Cómo impedir que hablen? ¿Que me deshonren a los ojos de Clara y descubran a su padre que el hombre que pretende a su hija está completamente arruinado? (Se sienta a reflexionar) Y a qué abatirme por tan poco, cuando estoy seguro de su amor..., sí, pero Aurora, por despecho, puede perderme... Si por medio de ella se consiguiese el silencio de su marido... Ah, estoy salvado. (Se levanta con alegría) Con la última carta que ella me escribió la obligaré a hacer callarse a su marido y a trabajar en mi favor... A fe mía que no sé cómo hay hombres que desprecian estos recuerdos de ternura... Ciertamente que es una ingratitud imperdonable (vase).

ESCENA 10.^a

Clara por la derecha y Casimiro por el fondo.

Casimiro.

Al fin, Clara, encuentro un instante para poderla hablar a solas.

Clara.

¿Tiene usted algo de muy importante que decirme?

Casimiro.

De inmensa importancia para mí...; para usted... tal vez le sea muy indiferente.

Clara.

¿A ver? Me llena usted de curiosidad.

Casimiro.

Clara, usted olvida completamente, por los nuevos, a sus antiguos amigos.

Clara.

¡Un reproche! Por cierto que es un buen castigo de mi curiosidad; mas le aseguro a usted que la reconvención me parece muy injusta.

Casimiro.

En prueba de ello es que llegado aquí uno de los primeros, no he podido aún bailar con usted una sola vez, mientras que Enrique...

Clara.

Enrique y tantos otros... Usted no ha llegado a tiempo; ¿es culpa mía?

Casimiro.

Permítame insistir en que es Enrique quien más ha bailado con usted.

Clara.

No sé..., puede ser...

Casimiro.

Clara..., usted lo ama.

Clara.

¿Es una confidencia la que usted me pide?

Casimiro.

No, no es una confidencia; pero sí un temor que me quita la tranquilidad.

Clara.

¡Temor!... ¿Y por qué?

Casimiro.

Porque todo el que ansía un bien, tiembla de que otro más afortunado venga a arrebatárselo; porque no puedo, Clara, mirar indiferente sus preferencias por Enrique, mientras que yo...

Clara.

Le confesaré, Casimiro, que su lenguaje me sorprende sobremanera: usted jamás me había hablado en este sentido.

Casimiro.

Es cierto, hasta ahora me había contentado, Clara, con amarla en silencio. No es el más locuaz el más verdadero de los amores.

Clara.

Sí; pero desde tanto tiempo a que nos conocemos podía usted alguna vez...

Casimiro.

Nunca quise influir por mi parte en sus determinaciones,

ni avanzar una sola palabra en mi favor. ¡Es tan dulce la esperanza de inspirar un amor espontáneo!... Además en mi silencio ha habido timidez y confianza al mismo tiempo; pues dudando de la acogida que usted haría a mi amor, temía también, siendo pobre, ser mal recibido por sus padres, los que, como tantos otros, aprecian los pretendientes de usted tan sólo por su fortuna.

Clara.

Espero que usted me hará la justicia de no crearme tan positiva y calculadora.

Casimiro.

Mi amor por usted, ¿no prueba bien claro que la creo exenta de todo defecto?

Clara.

Usted me decía que en su silencio había también cierta confianza.

Casimiro.

Sí; porque hasta ahora muy poco tiempo no había notado en usted inclinación por ningún hombre y esperaba que mi amor...

Clara.

(Con malicia) ¿Usted querría que lo adivinase?

Casimiro.

Una mujer sabe siempre adivinar estas cosas. Ah, Clara, con la más ligera esperanza habría sido tan dichoso... Con una sola mirada podría usted hacerme olvidar tantos sufrimientos devorados en silencio, tantas aspiraciones ahogadas en la tristeza... Clara, una sola palabra de amor, una sola esperanza.

Clara.

(Viendo aparecer a Enrique) ¡Ah!...

ESCENA 11.^a

Los mismos y Enrique.

Enrique.

(Aparte) Parece que éste persiste en labrarse méritos.
(Alto) Señorita, ha llegado la hora de nuestras cuadrillas. (Le ofrece el brazo y se retiran. Casimiro se arroja sobre una silla. Al mismo tiempo sale don Manuel seguido de dos criados con bandejas de helados, toma un plato y se acerca a Casimiro.)

ESCENA 12.^a

Casimiro y don Manuel.

D. Manuel.

(Pasándole los helados) Son de almendras...; esto es sumamente refrescante.

Fin del Acto I

ACTO II

El mismo salón del primer acto. A la derecha están las habitaciones de Aurora y don Claudio, a la izquierda las de don Manuel y su familia.

ESCENA 1.^a

Don Claudio entrando por la derecha y don Manuel por la izquierda.

D. Manuel.

¿Cómo te ha ido en tu paseo por Santiago? Espero que habrás visto nuestros nuevos palacios y todas las bellezas de nuestra capital... ¡Cómo adelantamos!, ¿eh?

D. Claudio.

Mucho... Santiago es ahora una hermosa ciudad y me dicen que todo está en relación con sus bellos edificios, pues aquí se gasta un lujo asombroso.

D. Manuel.

(Suspirando) Es cierto, Claudio, muy desgraciadamente cierto... Dicen que nos estamos civilizando mucho, porque en materia de modas estamos cada día más a la europea, y como el lujo es por allá ruinoso, nosotros también tratamos de arruinarnos civilizadamente.

D. Claudio.

Como ha de ser, el país también se va enriqueciendo.

D. Manuel.

Es lo que yo digo, y es muy justo que los que han logrado algunos bienes traten de gastarlos con elegancia... a la francesa. ¡Oh!, aquí verás que todo se hace por franceses; sin ellos daríamos lástima. Si das una comida, ha de ser hecha por un francés; si tu mujer va a un baile, debe ser peinada por un francés; para clavar un clavo en las paredes de tu casa debes llamar al tapicero francés; ¿quiénes crees tú que son los más brillantes predicadores de Santiago? ¡Los padres franceses! Un vestido no vale un centavo si no lo ha hecho la modista francesa y nuestras hijas y mujeres tienen, para sacarnos las pesetas, una gracia enteramente francesa.

D. Claudio.

Parece, Manuel, que no estás muy contento con los progresos de la capital.

D. Manuel.

Sí, no lo estoy, en ciertas cosas; pero tengo la virtud de sufrir y callarme, diferenciándome en esto de tantos hombres políticos que se callan sin sufrir.

D. Claudio.

Hombre, ¿y la política?

D. Manuel.

También a la europea; derrocamos los ministerios a fuerza de bilis, como dicen los ingleses.

D. Claudio.

¡De bilis! No te entiendo.

D. Manuel.

Es una palabra inglesa un poco mal pronunciada; tú sabes que he sido hombre de campo y no estoy muy versado en los idiomas: quise decir a fuerza de mociones; lanzamos una y crac..., hacemos temblar el edificio social.

D. Claudio.

¿Es decir que por este lado estás contento?

D. Manuel.

Casi, casi; pero por el otro, Claudio, ¡cuán lejos estamos de aquellos buenos tiempos! Es cierto que nuestras mujeres no gastaban crinolinas, pero no dejaban por esto de ser tan adorables como ahora. Los mozos entonces se casaban para trabajar.

D. Claudio.

¿Y ahora?

D. Manuel.

Se casan para descansar, o bien, ni trabajan ni se cansan.

D. Claudio.

Eso es mucho más cómodo, a fe.

D. Manuel.

Nuestras niñas no bailaban tan bien la mazurca; pero te hacían un huevo chimbo de chuparse los dedos.

D. Claudio.

Espero que tus quejas sean sólo generalidades y que tu felicidad doméstica sea siempre la misma.

D. Manuel.

En cuanto a eso, a Dios gracias, nada tengo que decir. Soy feliz como un patriarca: mi casa marcha como un reloj y todos, aquí, me adivinan el pensamiento. No creas por esto que soy un marido déspota, un padre tirano; no, uso la suficiente autoridad para hacerme respetar y nada más. Cuando yo ordeno una cosa...

D. Claudio.

(Aparte) Siempre con su empeño de parecer un hombre temido.

D. Manuel.

De mi mujer no te hablo, tú la conoces, es un cordero, y Clara es un ángel que no hace más que lo que yo quiero.

(Aparecen por la derecha Clara y Aurora y se acercan sin ser vistas.)

ESCENA 2.^a

Los mismos, Clara y Aurora.

Clara.

(Poniendo las manos sobre los hombros de don Manuel)
¿Qué está usted diciendo?

D. Manuel.

(Levantándose con precipitación) ¡Prudencia! (Viendo a Clara) Ah, chiquilla..., me has dado un terrible susto...; el té me ha puesto tan nervioso.

Aurora.

(A don Manuel) Su hija es un ángel, señor don Manuel.

D. Manuel.

Eh, eh, regularcita.

D. Claudio.

(A Clara) Ven acá, niña, déjame verte a mi gusto (la besa en la frente). ¡Cómo ha crecido!

D. Manuel.

Yo también...

D. Claudio.

¡Cómo!, ¡tú también!

D. Manuel.

No, iba a decir que yo también se lo digo todos los días; porque ella temía quedarse chica.

D. Claudio.

Sabes, Clara, que a mí debes quererme tanto como a tu padre. ¡Cómo te cuidaba cuando eras pequeñita!; ¡con qué solicitud seguía tus primeros pasos por todas partes!

Clara.

Mi buen tío..., nunca he dejado de hacer cariñosos recuerdos de usted.

D. Manuel.

(A Aurora) ¿Y usted no ha salido aún a dar un paseo por nuestras calles?

Aurora.

Estamos convidadas con Clara para ir ahora a las tiendas.

D. Manuel.

(Aparte) ¡Adiós bolsillos!, ¿en qué pecasteis? No tenían necesidad de decirlo. (Alto) Muy bien hecho, es necesario distraerse...; las tiendas son tan entretenidas..., las baraturas sobre todo; pero me dicen que los comerciantes se han puesto muy careros...

Aurora.

No sé, y como nosotras vamos sólo por ver.

D. Manuel.

Ah, ya estoy. (Aparte) Y cuando menos se aparecerán aquí con una tienda entera.

Clara.

(A don Claudio) Yo me hago dueña de Aurora mientras ustedes estén aquí y usted me delega todos sus poderes, ¿no es así?

D. Claudio.

Sí, hijita, aunque esta pobre provinciana muy poco entiende de modas.

D. Manuel.

Ya aprenderá, no te inquietes por eso. (Aparte) Ay, ojalá no fuesen tan hábiles para aprender esa lección. (Alto) En un par de días será más inteligente en valencienness y punto de Inglaterra, que tú en metales, vetas y farellones.

(Durante esta escena, se ha hecho de noche y han traído luces.)

Clara.

Son las siete ya, desde ahora principian nuestras excursiones por las tiendas. ¿Vamos, Aurora? (vanse).

ESCENA 3.^a

Don Claudio y don Manuel.

D. Manuel.

(A las que salen) Vayan a hacer un poco de ejercicio; pero les advertiré que los enlosados del comercio están detestables. (Vuelve a don Claudio) Como te decía, mi hija es la obediencia personificada y no tengo jamás que hacer uso de mi autoridad; porque sus gustos son siempre iguales a los míos.

D. Claudio.

Es una felicidad muy grande.

D. Manuel.

Ya lo creo; tanto más cuanto que me obedece en aquello en que las muchachas se declaran siempre independientes: (bajo y al oído) en el amor.

D. Claudio.

¿Cómo así?

D. Manuel.

(Con misterio) Está enamorada.

D. Claudio.

Lo raro sería que a su edad no lo estuviese.

D. Manuel.

Y la chica no tiene mal gusto, pues el mozo, (divisando a doña Prudencia que entra) bueno, bueno, después te contaré esto más despacio; las mujeres no deben estar en los secretos, sino cuando ya pueden divulgarse en todas partes.

ESCENA 4.^a

Los mismos y doña Prudencia.

D. Claudio.

Llegas a tiempo, Prudencia: tu marido principiaba a confiarme un secreto.

D. Manuel.

(Bajo, tirándole la levita) Claudio, Claudio... (Aparte)
En buenas manos vine a caer.

Doña Prudencia.

Como que el señor don Manuel tiene secretos y...

D. Manuel.

(Turbado) Es decir, hijita, que... estaba diciendo que nuestra hija... da indicios de quererse inclinar... manifestando ciertos sentimientos.

D. Claudio.

En dos palabras: me contaba que Clara estaba enamorada.

D. Manuel.

(Aparte) Yo te las hiciera tragar las dos palabras.

Doña Prudencia.

¡Clara enamorada! ¿Y con quién?, ¿no te lo ha dicho?

D. Claudio.

(A don Manuel) Es cierto, no me has dicho con quién es ese amorcillo.

D. Manuel.

(Después de consultar los ojos de doña Prudencia) Con un minero, un excelente joven; ¿no es así, Prudencia?

Doña Prudencia.

Lo que aseguran es que es un joven bastante rico.

D. Manuel.

¡Millonario!

Doña Prudencia.

Usted pondera demasiado.

D. Manuel.

Eh, eh, yo pondero un poco; pero...

Doña Prudencia.

Demasiado.

D. Manuel.

Pondero demasiado, no; pero será hombre..., ¿de cuánto, Prudencia?

Doña Prudencia.

Qué sé yo de cuánto.

D. Manuel.

(Con énfasis) ¡Qué, sabemos de cuánto?

D. Claudio.

Si es minero, como ustedes dicen, yo debo conocerlo.

D. Manuel.

(A doña Prudencia) Tiene razón, él debe conocerlo.

Doña Prudencia.

Se llama Enrique Saldalla.

D. Claudio.

¡Saldalla!

D. Manuel.

Sí, Enrique Saldalla...; pero, hombre. Pero ahora recuerdo, tu mujer... (Se tapa la boca) Casi se me sale.

D. Claudio.

(Aparte) No, cuando se trata del porvenir de Clara yo no debo dejarlos ignorar lo que es este joven.

D. Manuel.

Si habrá maliciado algo...

D. Claudio.

(A don Manuel) Me admiro que tú, que siempre has manifestado juicio...

D. Manuel.

(Aparte) ¡Malicio! (Alto) En efecto..., fue una inadvertencia.

D. Claudio.

¡Cómo una inadvertencia, en un asunto tan grave!

D. Manuel.

No lo niego, el asunto es grave..., pero yo creía...; en fin, explíquense entre ustedes, que yo veo que me estoy embrollando.

D. Claudio.

Pues ustedes deben alegrarse de haberme confiado este secreto.

Doña Prudencia.

¿Por qué?

D. Claudio.

Voy a decirlo: ustedes creen haber encontrado para Clara un novio rico.

D. Manuel.

Inmensamente rico; en cuanto a eso no hay que dudarlo.

D. Claudio.

Y honrado, ¿no es así?

D. Manuel.

Como un crisol... , quién ha visto jamás que un crisol fuese ladrón.

D. Claudio.

Pues, siento decirles que ustedes se engañan redondamente.

D. Manuel.

Eso sería curioso de ver...

D. Claudio.

En cualquiera otra ocasión no diría nada de lo que sé sobre Enrique Saldalla, mas estando en juego el porvenir de mi sobrina, creería faltar a mi conciencia si no les revelase el estado de su fortuna y sobre todo su vergonzosa conducta en Copiapó. Después de esto, ustedes quedan libres de hacer lo que les parezca.

Doña Prudencia.

Di lo que sepas, pues por mi parte...

D. Manuel.

Lo mismo por la mía... (Aparte) Santo Dios, ¡qué va a revelarnos este hombre!

D. Claudio.

En primer lugar, sabrán ustedes que Enrique es un hombre completamente arruinado.

D. Manuel.

¿Arruinado?, ¿y el Cuerno de Abundancia?

D. Claudio.

Peor que una fábula: unos cuantos tunantes, y entre ellos Enrique, pretendieron haber hecho un descubrimiento, como tantos de los que se hacen en Copiapó. Con esto hicieron gran ruido, supusieron ventas de barras a precios locos y lograron sacrificar a algunos inocentes, haciéndoles comprar como barras de mina el derecho de gastar en los trabajos de un hoyo que produjo tantos beneficios, como los que podría dar un pozo cavado en el patio de esta casa.

D. Manuel.

(Dejándose caer sobre una silla) ¡Qué revelación! Adiós bodas, adiós novio rico.

D. Claudio.

Pero su amigo de ustedes no se detuvo en tan buen camino, pues a poco de andar desapareció de allí, llevándose el dinero de sus socios después de haberse declarado en quiebra.

D. Manuel.

¡Quebrado! Justo cielo, ¡de este golpe no me levantaré jamás!

Doña Prudencia.

Ya ve usted, señor don Manuel, que no eran infundadas mis prevenciones contra ese joven.

D. Manuel.

Yo no dejaba también de tener mis presentimientos.

D. Claudio.

Y ahora ¿persisten ustedes en casar a Clara con ese hombre?

Doña Prudencia.

Ese matrimonio no se hará nunca.

D. Manuel.

Nunca..., y el malvado que nos había hecho tragar el Cuerno de Abundancia...

D. Claudio.

Vamos, es una desgracia prevenida a tiempo... (A don Manuel) Olvida el Cuerno de Abundancia y felicítate por haberte librado de él.

D. Manuel.

Ay..., es que cuando uno llega a concebir una esperanza, no puede abandonarla sin sentimiento (apoya la frente en el hombro de doña Prudencia).

Doña Prudencia.

¡Señor don Manuel!...

D. Manuel.

¿No puedo desahogarme en el seno de la confianza?

Doña Prudencia.

Mejor será que usted piense en la manera de arrojar a ese joven de nuestra casa.

D. Manuel.

Ciertamente, pensaba pensarlo cuando se me hubiese concluido la aflicción.

D. Claudio.

Estas cosas deben hacerse con miramiento; se le hace conocer poco a poco que sus visitas desagradan.

D. Manuel.

Entonces usted, hijita, se encargará de este paso que exige cierto tino y...

Doña Prudencia.

No, señor; usted debe entenderse en esto como jefe de la familia.

D. Manuel.

Sin duda, yo soy el jefe de la familia y por esto soy de sentir que Claudio, invocando mi autoridad, se apersona con el mocito.

Doña Prudencia.

Malo, ya lo he dicho; usted personalmente debe hacerle entender nuestro disgusto y despedirlo de aquí.

D. Manuel.

¡Una idea! Claudio, si tu mujer... (Aparte) Casi se me sale otra vez...

Doña Prudencia.

Piense usted mejor en lo que dice y trate de no estar haciendo disparates.

D. Manuel.

(Aparte) Este consejo debía habérmelo dado antes de casarme, porque allí está el origen de mis posteriores padecimientos.

Doña Prudencia.

Conque así; es cosa convenida; usted se encargará...

D. Manuel.

Yo puedo encargarme de todo, (aparte) puesto que me hice cargo de ti por toda la vida, mujer varonil y dominante. (Vanse doña Prudencia y don Manuel.)

ESCENA 5.^a

*Don Claudio, Clara y Aurora seguidas por un criado
cargado de efectos de las tiendas.*

D. Claudio.

Muy pronto están ustedes de vuelta.

Clara.

No hemos hecho más que entrar a dos tiendas.

D. Claudio.

Pero veo que ustedes no han perdido el tiempo.

Clara.

Usted será el primero en darme las gracias cuando vea a Aurora con estos vestidos. No crea usted que yo no conozco a los hombres; sé que son muy enemigos de los vestidos en corte; pero hechos y armados en un bonito cuerpo...

D. Claudio.

Entonces toman su verdadero valor.

Clara.

(Aparte) Y como el gasto está hecho, no hay más que conformarse y alabarlo. (Entra don Manuel, pensativo.)

ESCENA 6.^a

Los mismos y don Manuel.

Clara.

Papá, venga a ver estos vestidos.

D. Manuel.

(Aparte) Su alegría me fracciona el alma. ¡Pobre inocente tortolilla que ignora la proximidad del cazador tirano! Ay..., el cazador soy yo, que debo darle este golpe terrible.

Clara.

(Pasando un vestido a don Manuel) Vea qué género tan lindo, y si usted supiera lo barato que es.

D. Manuel.

Lindísimo..., eso de barato..., las mujeres lo encuentran todo de balde cuando ellas no tienen que pagarlo. (Aparte) Tener que arrojar de mi casa a un hombre tan amable..., porque Enrique es amable..., eso no se le puede negar. Estos son los beneficios de la autoridad que ejerzo: decir a un hombre que viene con la risa en los labios: alto, amigo, dé usted media vuelta y tome la calle derecho, porque su Cuerno de Abundancia es lo mismo que el pozo de mi casa; porque usted ha hecho una quiebra poco decente; porque usted... En fin, tirarle a las nárices todos sus pecados.

Clara.

Pero, papá, usted no se fija en los vestidos.

Aurora.

El señor don Manuel estará combinando alguna especulación.

D. Manuel.

Precisamente, tengo entre manos una especulación, (aparte) de la cual les cedería gustoso todos los beneficios.

Clara.

No se olvide en ella de su hijita. (Salen Clara y Aurora llevándose los vestidos.)

D. Manuel.

La pobre no se figura que en esta especulación el efecto

abarroado es ella... (tomando el brazo de don Claudio y mirando a Clara). Lo que me consuela es que siempre habrá demanda de este artículo (vanse).

ESCENA 7.^a

Casimiro y Juan por la puerta del fondo.

Juan.

Sí, señor, yo creo que la señorita Clara no tiene por su novio más que el amor que justamente se necesita para aceptarlo por marido.

Casimiro.

No, ella debe amarlo: Enrique es un hombre lleno de atractivos para una mujer.

Juan.

Convenido, tiene atractivos y buen coche con libreas, gasta buena ropa y guantes frescos, es elegante y habla de sus riquezas con gran indiferencia. Además, en esto la señorita obedece a sus padres.

Casimiro.

De modo que tú crees que no sería imposible hacerse amar por ella y romper ese proyectado matrimonio.

Juan.

Poco a poco, las cosas están muy avanzadas para eso. ¿Usted cree que se abandona a un novio nada más que porque no se le ama con pasión?

Casimiro.

Y entonces ¿qué hacer?

Juan.

Lo más acertado es olvidarla.

Casimiro.

¡Ah!, muy fácil es decirlo.

Juan.

(Aparte) Pobre joven... , estos enamorados son como los pordioseros; en vano se les dice una y mil veces: perdone por Dios; perdone, amigo; ellos siguen siempre pidiendo la limosnita. (Alto) Lo que yo puedo hacer por usted es tenerle al corriente de lo que suceda, para que si algo de favorable ocurre, pueda usted aprovecharlo.

Casimiro.

Gracias... ¡Ah, Juan, si ella me amase!

Juan.

(Aparte) Perdone por Dios. (Alto) ¿No espera usted a las señoritas?

Casimiro.

No, prefiero no ver a Clara y esperar lejos de ella; adiós (vanse).

ESCENA 8.^a

Clara y Aurora por la derecha. Enrique va a entrar y se oculta.

Clara.

Espérame aquí un instante mientras voy a buscar a mi mamá (vase Clara y entra Enrique).

Enrique.

(Aparte) Por fin la encuentro sola. (Alto) Señorita.

Aurora.

Caballero.

Enrique.

Como temo que nos dejen solos muy pocos momentos, me dispensará usted que le diga sin rodeos lo que espero de usted.

Aurora.

¿De mí? Me extraña mucho, caballero, que usted...

Enrique.

Que emplee este lenguaje, ¿no es verdad? Dispénsese usted... Quisiera primero que usted me perdonase mis antiguas faltas.

Aurora.

Le aseguro a usted que lo único que recuerdo es el desprecio que usted supo inspirarme.

Enrique.

(Aparte) Mujer que aún conserva rencor no ha dejado de amar completamente. (Alto) Usted tiene la libertad de juzgarme como quiera y no considero este momento bien oportuno para justificarme; pero no he olvidado que usted es generosa y por esto vengo a pedirle un servicio.

Aurora.

¡Un servicio!

Enrique.

Sí, deseo y espero de su bondad que usted y su marido eviten hablar de mí en sus conversaciones con la familia de esta casa.

Aurora.

No es tan fácil, puesto que naturalmente seremos preguntados sobre usted.

Enrique.

Bien lo sé; pero usted es demasiado hábil para carecer de respuestas evasivas que en nada comprometan; mientras que si usted y su marido se callan, me harán un señalado servicio.

Aurora.

Y le evitaremos pesares que usted no ha trepido en dar en iguales circunstancias.

Enrique.

Usted es mujer y yo apelo a su generosidad.

Aurora.

Sí, mujer que fué vilmente engañada; mujer que creyó en la lealtad de un hombre, que tuvo fe en sus juramentos y en su honor, para saber después que esos juramentos eran dictados por un vil interés y ese honor una infame falsía.

Enrique.

Ah, señorita, usted es cruel. . .

Aurora.

No, le hago a usted justicia y nada más.

Enrique

Pero, después de tal penitencia espero la absolución.

Aurora.

Por mi parte está dada; mas, me horrorizo de pensar que usted puede envolver a esta familia en el deshonor y la desesperación.

Enrique.

Le repetiré, Aurora, que usted es cruel y me obliga a emplear un medio que repugnaba a mi delicadeza.

Aurora.

¿Qué quiere usted decir?

Enrique.

Que usted, de tan buena memoria, como me manifiesta ser, debe recordar cierta carta escrita hace un año, en la que se me daba una cita.

Aurora.

Sí, una cita inocente, dada por una niña al hombre que debía ser su marido.

Enrique.

Yo no calificaré las intenciones; pero sí le diré, Aurora, que la misma vaguedad de sus términos deja el campo abierto a las interpretaciones (entra Clara sin ver a Enrique).

ESCENA 9.^a

Clara.

Mi tío te buscaba. (Viendo a Enrique). ¡Ah, caballero, usted se hace esperar!

Aurora.

(A Enrique) ¿Y cuándo me entrega usted esa carta?

Enrique.

(A Aurora) Al firmar el contrato.

Aurora.

(Id.) Bien, yo me callaré (vase Aurora).

Enrique.

(Aparte) ¡Y desprecie usted las cartas de amor!

ESCENA 10.^a

Clara y Enrique.

Clara.

(Sentándose) Venga usted, señor, a hacerse perdonar su tardanza.

Enrique.

¿Puede usted acusarme cuando sólo me ocupo de nuestra felicidad? ¡Con cuánta impaciencia espero el día de nuestra unión! No sé por qué y en medio de la felicidad de que gozo, me siento a veces asaltado por mil pensamientos sombríos.

Clara.

Qué locura, ¿acaso nuestra unión no colma los deseos de toda mi familia? ¿Qué puede pues oponerse a nuestra felicidad?

Enrique.

No sé; pero en el mundo hay tantos que se complacen en el mal de otros. Además, Clara, los que bien aman, temen ver desvanecerse su dicha por el menor incidente; pues son tan pocas y frágiles las felicidades de la vida que el alma se sobresalta cuando se encuentra en el pleno goce de todas ellas.

Clara.

¿Tanto me ama usted?

Enrique.

Tanto, que temo que usted no me corresponda igualmente, pues usted sabe que los hombres tenemos la pretensión de creernos con fuerzas muy superiores a las de ustedes para amar.

Clara.

Pretensión muy infundada, por cierto. Para una mujer el hombre querido es todo el porvenir, todas las ambiciones realizadas por un solo ser, es su vida en una palabra, mientras que los hombres...

Enrique.

Os adoran, y divinizan a la mujer que aman tributándole un culto exclusivo y de todos los instantes.

Clara.

Vosotros os ocupáis de tantas cosas a la vez, que una mujer bien puede pensar que sólo os ocupa mientras estáis a su lado.

Enrique.

Engaño, Clara; yo estoy con usted a todas horas, aunque no la vea; en su compañía recorro un porvenir de inmensas delicias y, a todas horas también, hablo de amor con su imagen que evoco de mi pecho, donde siempre existe. ¡Ah! Clara, si usted me amase como yo...

Clara.

¿Y usted puede dudarlo?

Enrique.

De modo que a su lado o ausente...

Clara.

Mi amor será siempre el mismo.

Enrique.

¿Y si alguien le dijese que soy indigno de usted?

Clara.

No lo creería.

Enrique.

(Aparte) No es malo prepararla por lo que puede suceder.

ESCENA 11.^a

*Los mismos, don Manuel, don Claudio, doña Prudencia y Aurora. Don Manuel se aparta de los demás.
Todos se saludan mutuamente.*

D. Manuel.

Hay trances en la vida de un padre de familia que son, a fe mía, muy ajustados; como quien dijera las Termópilas del hogar doméstico. No hay que recular...; mi mujer me mira con ojos de escarbúnculo. ¡Y yo que al casarme creí de buena fe que los tenía muy dulces!... ¡Cuántas cosas no se creen en la juventud! Vamos, valor, estas cosas deben hacerse de sopetón, como quien toma un remedio... De todos modos yo preferiría tomarme una botica, antes que...

D. Claudio.

(A don Manuel, bajo) Vamos, Manuel, para estas cosas es necesario tener sangre fría.

D. Manuel.

Más fría no la puedo ya tener, (aparte) pues estoy tirando.

D. Claudio.

Es preciso que sepas moderar tu indignación.

D. Manuel.

Muy moderada la tengo, (aparte) tanto que se ha cambiado en pavor.

D. Claudio.

Lo llamas aparte y...

D. Manuel.

En eso estaba pensando; (aparte) nada hay más fácil que animar y dar consejos; yo también, desde mi cuarto, podría hacer batirse a ejércitos enteros.

Enrique.

(Acercándose a don Manuel) Señor, mi felicidad aumenta por instantes, pues cada uno de ellos me acerca al momento deseado.

D. Manuel.

(Aparte) El dice que se acerca el momento deseado y no sabe que está quemando en el que menos desearía... ¡Cómo principiar esta maldita conversación!... (Alto) ¿No encuentra usted la noche algo destemplada?

Enrique.

No, en verdad... (Aparte) Extraño modo de contestar tiene el suegro.

D. Manuel.

Pues yo sí y hasta diría que hace frío.

Enrique.

Tal vez esté usted constipado, señor don Manuel.

D. Manuel.

No, señor... (Aparte) Este hombre es tan político que no hay medio de chocar con él..., y mi mujer que me sigue apurando con los ojos.

Enrique.

Sin duda está usted enfermo, pues ahora noto que usted está muy pálido.

D. Manuel.

Pues esta palidez que usted nota es causada por la indignación que...

Enrique.

Pues, señor, es necesario evitar toda incomodidad, porque esto puede traerle a usted un ataque de apoplejía fulminante.

D. Manuel.

(Aparte) Sí, no es mal fulminante el que yo quisiera prenderte para mandarte fuera de aquí. (Alto) Gracias por el cuidado... (Aparte) Decididamente no hay modo de chocar con este mozo.

Enrique.

Tal vez es éste el motivo por que usted siente frío, pues le aseguro a usted que hace mucho calor esta noche.

D. Manuel.

Conque la apoplejía principia por frío, no sabía eso; usted debía abandonar sus trabajos de minas y hacerse médico... (Aparte) Vamos, ya largué la bomba...

Enrique.

Quise decir con el calor.

D. Manuel.

Pues si usted tiene calor debía marcharse a tomar el fresco a la calle. (Aparte) Si no entiende esto, es que se está haciendo tonto.

Enrique.

Usted me permitirá que le manifieste mi sorpresa por el lenguaje que usted está usando conmigo, caballero.

D. Manuel.

(Aparte) ¡Aquí fué Troya! (Alto) Quiero decir que me alegraría mucho de ver..., de no ver..., de que usted suspendiese sus visitas a mi casa.

Enrique.

Usted me dará explicaciones sobre esto, señor don Manuel.

D. Manuel.

Para explicaciones allí está mi cuñado Claudio. (Se acerca doña Prudencia.)

Doña Prudencia.

Y yo también, caballero, pues me hallo ahora muy al corriente de sus especulaciones de Copiapó.

D. Manuel.
Del Cuerno de Abundancia y...

Doña Prudencia.
Pero, ante todo, daremos por concluída nuestra amistad.

Enrique.

(Tomando su sombrero) (a don Claudio) Usted es un infame. (A Clara) Aquí me han calumniado y sus padres me arrojan de su casa; (a don Manuel) pero yo sabré vengarme de este insulto (vase y Clara se arroja en brazos de Aurora).

Fin del Acto II

ACTO III

ESCENA 1.^a

El mismo salón del 2.º acto. Es de noche y hay luces sobre las mesas.

Clara.

(Acercándose a una mesa con una carta) Aprovechemos este momento para leer su carta. ¡Pobre Enrique!, ¿qué me dirá después de la terrible escena de anteayer? (Leyendo) "Clara, mi ángel adorado:" (Alto) Ah, mi padre ha sido muy cruel. (Lee) "Después de mil dificultades he logrado por fin que una de sus criadas me prometa entregarle esta carta. Renunciaré a pintar la desesperación que se ha apoderado de mí desde que me han separado de usted: por un momento creí que mi razón no podría resistir al golpe fatal que ha venido a destruir todas mis esperanzas, y apenas puedo convencerme de que haya sido su padre quien tan injustamente me ha tratado: él, Clara, de quien con tanto orgullo creía yo poder lla-

marme hijo." (Alto) ¡Y mi padre que desconoce la lealtad de su carácter! (Lee) "Lo único que en mi horrenda desgracia me alienta y me consuela, es mi fe profunda en usted, Clara, en la sinceridad de su amor y de sus juramentos; por Dios, no la destruya usted como han destruído mi felicidad; no me haga aborrecer la vida y con ella lo que tengo de más querido, de más ardientemente reverenciado." (Alto) ¡Pobre Enrique, no creía que me amase tanto! (Lee) "Mas para salir de la situación horrible en que me encuentro, necesito, Clara mía, de todo su amor y de toda su resolución, pues es necesario que no se niegue al plan que le voy a proponer." (Alto) ¡Dios mío! (Lee) "Esta noche, cuando todos en su casa se hayan recogido, llegaré hasta su cuarto, valiéndome de la criada que le entregará esta carta, y si usted me ama, como mil veces me lo ha dicho, no trepidará en seguirme, para ser mi esposa a despecho de los que quieren robarnos nuestra felicidad. Este es el único medio de que podamos ser felices, Clara, y de que pueda yo desvanecer a sus ojos las viles calumnias que han forjado en contra mía para alejarme de usted sin oírme." (Alto) ¡Qué temerario plan, Dios mío! Es necesario que yo le escriba conjurándole de renunciar a sus proyectos. ¡Huir de mi casa, deshonorarme, oh, nunca, nunca!; yo podré sufrir; lo amaré mientras lo crea digno de mi amor; pero burlar así a mis padres, no, ¡jamás!... Es preciso que le escriba al instante. (Va a salir y entra Aurora.)

ESCENA 2.^a

Clara y Aurora.

Aurora.

¿Hablaste ya con tu padre?

Clara.

No, en vano he invocado toda mi energía para preguntarle los motivos que lo han obligado a arrojar tan bruscamente

a Enrique. Porque yo tengo derecho de preguntárselo, ¿no es verdad? Después de favorecer mi inclinación por un hombre que él mismo me ha presentado; después de tolerar nuestras largas y frecuentes conversaciones; después de saber que yo lo amo, en fin, y de admitirlo como mi novio; un día, sin explicarme la razón, se expulsa a ese hombre de la casa y se me dice que debo olvidarlo. ¡Ah, creen acaso que es tan fácil olvidar!

Aurora.

Tu padre ha tenido, sin duda, muy poderosas razones para dar un paso de esta naturaleza, y algún día, tal vez, tendrás que agradecerérselo.

Clara.

¡Cómo! Tú también estás en mi contra; ¡pero tú no lo conoces, Aurora, tú no sabes cuánto me ama!

Aurora.

(Aparte) Ay, lo mismo me decía a mí y yo sin embargo tuve que desengañarme.

Clara.

Tú, Aurora, debes sacarme de esta horrible inquietud y decirme lo que sepas. Ah, si mi madre, con su rígida severidad, no me hubiese alejado siempre de su lado, yo le pediría este consuelo que todos me niegan; pero mi madre me da miedo, y tú sola puedes decirme...

Aurora.

(Aparte) ¡Qué hacer, Dios mío! (Alto) Yo nada sé..., pero... supongo que alguna noticia sobre los negocios de Enrique, a quien tu padre creía muy rico...

Clara.

Y si es pobre, ¿está por esto deshonrado?

Aurora.

No es mi parecer, mas tú sabes que el deber de un padre...

Clara.

El deber de un padre es no admitir en su casa a hombres que crea indignos de su familia.

Aurora.

(Mirando a la izquierda) Aquí viene don Manuel, ¿quieres esperarlo y pedirle la explicación que deseas?

Clara.

No, necesito antes tranquilizarme (vanse Clara y Aurora).

ESCENA 3.^a

Don Manuel y Juan.

D. Manuel.

(Se sienta abatido) Bien te decía, Juan, que este deplorable suceso me haría perder el apetito. Paréceme a veces que la casa se me ha venido encima...; yo que hasta ahora no había tenido otro dolor que el de muelas, veo que hay sufrimientos morales que paralizan completamente nuestra máquina. (Levantándose con precipitación) ¡Brun!, quisiera huir de mis propias ideas, Juan; no hay mayor fatalidad que tener ideas, es uno de los castigos del pecado original. Yo nunca me siento tan feliz como cuando no pienso en nada.

Juan.

Si usted se entrega a tan negra melancolía, acabará por perder la razón.

D. Manuel.

Perderé lo que me queda, Juan, que no es mucho. Si hubieras visto la mirada que me lanzó al salir: eso me persigue como una pesadilla, como la voz imperiosa de mi mujer. Si tú hubieses oído su voz: "Yo me vengaré de este insulto" me dijo al salir con voz trágica y amenazante.

Juan.

Su merced me habla sin duda del caballero del Cuerno de Abundancia.

D. Manuel.

Calla, no vuelvas a pronunciar ese nombre que resuena en mis oídos como la trompeta del juicio final.

Juan.

Felizmente, señor, todo se ha concluído ya.

D. Manuel.

No todo, puesto que aún queda su venganza.

Juan.

Y cómo puede su merced engañarse tanto sobre ese caballero.

D. Manuel.

La ambición, la fatal ambición, que, como dicen, rompe el saco, es el origen de mis desventuras y la que ha roto el de mis magníficos proyectos. Tú sabes, Juan, que desde Adán hasta nuestros días el dinero ha sido el gran dominador del mundo.

Juan.

Demasiado lo sé, puesto que siempre he sido dominado.

D. Manuel.

Pues bien, yo me dije en menguada hora: busquemos para mi hija un novio rico, lo que se ha convenido en llamar un brillante partido.

Juan.

Y como no es oro todo lo que reluce...

D. Manuel.

Me dejé fascinar por el oropel. Figúrate que me encuentro con un joven elegante, que arrastra coche con vistosa librea y no se quita de la boca un cigarro puro de este tamaño (hace una seña). Este es mi hombre, me dije alucinado, éste debe ser inmensamente rico, puesto que gasta tanto lujo.

Juan.

La consecuencia es muy natural; pero no muy cierta por los tiempos que corren.

D. Manuel.

El tal joven me habla de minas, de negocios y qué sé yo de cuántos primores; yo, inocente, muerdo el cebo y trago el anzuelo.

Juan.

(Aparte) Pobre señor, no es el primero que se ha tragado en su vida.

D. Manuel.

Desde entonces, como ves, el hilo de mis males no se corta: ayer tuve que arrojar al novio de mi casa y ahora me encuentro como Damocles.

Juan.

¿Quién es ése? ¿Algún nuevo novio para la niña?

D. Manuel.

No, un hombre que siempre estaba amenazado por una espada. No es esto todo; aún tengo otra inquietud no menos grande que aquélla.

Juan.

¿Cuál, señor?

D. Manuel.

La de tener que explicar a Clara todo este misterio y ver sus lágrimas y oír sus súplicas y... ¡ah, no me siento con fuerzas para presenciar esa escena!

Juan.

Pero yo creo que en este caso la señora debía entenderse con la niña.

D. Manuel.

Así le dije, Juan, y ella me contestó con esa voz que conoces: "Señor don Manuel, usted es el jefe de la familia", y como sabes, en mi calidad de jefe, tengo siempre que obedecer.

Juan.

De manera que usted va a explicar a la señorita...

D. Manuel.

No, esta vez me declaro rebelde.

Juan.

¿Usted no obedece?

D. Manuel.

He hallado un medio de obedecer sólo a medias: Claudio se ha encargado de este asunto y a esta hora Clara debe saberlo todo: esto es lo que ahora me inquieta tanto, Juan, que no quisiera hacer un solo movimiento por no ver entrar a mi hija.

Juan.

(Aparte) Pobre caballero, y aún nada sabe de la carta; pero yo estoy aquí y velaré por él.

D. Manuel.

(Sin mirar) Juan, ¿estás hablando con alguien?

Juan.

No, señor.

D. Manuel.

(Sin mirar) Juan, ¿no sientes pasos?

Juan.

Es la señorita Clara quien viene de su cuarto (vase Juan).

ESCENA 4.^a

Don Manuel, poco después Clara.

D. Manuel.

Juan, ¿muy afligida viene? (Notando la ausencia de Juan)
¿No ve usted? Todos me abandonan en los momentos críticos.
(Entra Clara, la mira y saca el pañuelo) Como ha de ser, la
escena será de lágrimas; (don Manuel la mira varias veces a
hurtadillas) Jesús, ¡qué aire tan abatido trae!

Clara.

(Sollozando) ¡Ah... , papá!...

D. Manuel.

(Id.) Ay, mi Clara.

Clara.

Acabo de hablar con mi tío Claudio... , hi, hi, hi.

D. Manuel.

Desahógate, mi alma, desahógate bien.

Clara.

¡Quién lo hubiera creído jamás!

D. Manuel.

sear

Es cierto; pero no nos enternecemos tanto, porque acabaremos por no poder hablar.

Clara.

¡Padre mío!, ¡qué amargo desengaño!

D. Manuel.

Amargo es en efecto; pero debes dar gracias a Dios por habértelo enviado a tiempo, que peor hubiera sido después de casada con ese especulador infame que abusaba de tu credulidad y... de la mía.

Clara.

(Cayendo de rodillas) Perdón, perdón.

D. Manuel.

Tú de rodillas por ese miserable; alízate, hija mía; por miramiento a ti no he hecho con él un escarmiento que sirva de ejemplo a las edades futuras.

Clara.

No me alzaré hasta que usted no me haya perdonado el haber recibido esta carta (le pasa la carta).

D. Manuel.

¡Cómo!, ¡tú estabas en inteligencia con el enemigo! ¿Qué significa esta carta? (Aparte) Sin duda es un cartel de desafío: bien debiera haberlo adivinado por su terrible despedida... Y yo que desde niño he tenido un horror instintivo por las armas de toda especie. (Alto) ¿Y tú has leído esta carta?

Clara.

Lo hice sin saber lo que contenía; sin saber de todo lo que ese hombre es capaz.

D. Manuel.

¡Desgraciada! Ese hombre es capaz de todo. (Abre la carta y lee) (Aparte) Ah, esto me serena un tanto. (Alto) ¡Una fuga!; era lo que nos faltaba. ¿Y qué has contestado?

Clara.

Nada, aún no había tenido tiempo.

D. Manuel.

¡Nada!; ¡pero eso es lo mismo que aprobárselo todo, infeliz criatura!

Clara.

Las explicaciones de mi tío me han decidido a ponerlo todo en conocimiento de usted, quien debe contestar por mí.

D. Manuel.

Por ser el jefe de la familia, ¿no es así? Mañana son ustedes capaces de encargarme también de todas las costuras de la casa.

Clara.

Le pido únicamente que mamá no sepa nada de esto.

D. Manuel.

Precisamente aquí viene ella. Alguna nueva orden que se le ha ocurrido darme.

Clara.

Silencio sobre todo esto (vase).

ESCENA 5.^a

Don Manuel y doña Prudencia.

D. Manuel.

(Agitado) Esto se llama gozar de la tranquilidad del hogar doméstico. Esta maldita carta me arroja en nuevos cui-

dados y sobresaltos... Ay, hacen bien todos en no desear tener hijas mujeres. (Entra doña Prudencia.)

Doña Prudencia.

Y bien, ¿Clara está ya instruída de todo?

D. Manuel.

Sí, de todo.

Doña Prudencia.

¿Y está resignada?

D. Manuel.

Admirablemente resignada. (Aparte) Es imposible que yo tome la contestación de esta carta bajo mi responsabilidad.

Doña Prudencia.

Ahora es preciso que todo en la casa siga su curso ordinario.

D. Manuel.

(Aparte) Sí, tal vez con eso evitaríamos que nadie supiese nuestro chasco, aquí donde todo lo que huele a matrimonio se sabe antes de que suceda.

Doña Prudencia.

Para desviar las sospechas y ahogar las habladurías, daremos un baile.

D. Manuel.

Como te parezca. (Aparte) Buenos estamos para bailar..., no sabe la brasa que tengo en la mano.

Doña Prudencia.

Usted hará los convites.

D. Manuel.

Hijita, tú formas esos alegres proyectos, porque ignoras...

Doña Prudencia.

¡Cómo! Hay algo que no se me ha dicho aún.

D. Manuel.

Felizmente nada ha sucedido; pero muy bien podrá...

Doña Prudencia.

Vamos, explíquese usted, ¿qué hay?

D. Manuel.

Lea usted esta carta (le pasa la carta).

Doña Prudencia.

(Después de leer) ¡Un proyecto de fuga! Miserable, esto merece un castigo ejemplar, una lección que lo deje escarmentado para siempre.

D. Manuel.

Eso es, un buen escarmiento; es lo que yo pensé al instante; ¿qué le contestaremos, hijita?

Doña Prudencia.

Nada.

D. Manuel.

Mejor, con esto quedará escaldado y no volverá a escribir cartitas amorosas.

Doña Prudencia.

Pero no crea usted que yo me contento con eso.

D. Manuel.

¿No?; pero me parece que no contestándole todo queda terminado.

Doña Prudencia.

Pues le parece a usted muy mal, es necesario hacerle ver que no puede jugarse impunemente de nosotros.

D. Manuel.

(Aparte) Ay, Dios mío, éste es alguno de sus planes en que voy a ser el paciente.

Doña Prudencia.

Para esto es necesario dejarlo venir esta noche aquí, a la hora que él señala.

D. Manuel.

¡Dejarlo venir!, ¿aquí?, ¿a nuestra propia casa?

Doña Prudencia.

Sí, y usted, como jefe de familia, lo esperará para hacerle ver cómo sabe conducirse un padre ultrajado.

D. Manuel.

Pero, hijita, el insulto fué colectivamente a todos nosotros y por esto creo que debemos todos esperarlo.

Doña Prudencia.

Pues, usted cree muy mal. Usted solo debe esperarlo. (Un criado se presenta) Vamos a tomar el té.

D. Manuel.

(Aparte) Mejor tomaría un birlocho y me mandaría cambiar de esta maldita casa (vanse).

ESCENA 6.^a

Casimiro y Juan por el fondo.

Juan.

Todo marcha ahora a pedir de boca, señor don Casimiro.

Casimiro.

Que Dios te oiga, Juan. ¡Ah, si ella olvidase a Enrique!...

Juan.

Allá marchamos, señor, si no me engaña mi experiencia.

Casimiro.

¿Cómo así? Has visto algo que te pueda hacer creer...

Juan.

Mejor que visto, he oído. Don Claudio hace poco rato ha tenido con ella una explicación en la cual le ha probado que el tal don Enrique sólo quería casarse con ella para pagar sus deudas con el dinero del patrón.

Casimiro.

Y Clara ¿qué ha dicho?

Juan.

Lloró primero, se indignó después, volvió a llorar y acabó por consolarse.

Casimiro.

De manera que todo ha concluído por ese lado.

Juan.

No todo, aún queda por saber lo que la señorita Clara contestará a una carta que ha recibido.

Casimiro.

¡Una carta!, ¿y de quién?

Juan.

De don Enrique. Ah, no crea usted que él sea hombre de abandonar la partida sin haber probado la suerte.

Casimiro.

Sí; pero no sabemos lo que le dice en esa carta.

Juan.

Es decir que su merced no lo sabe; pero yo sí. Figúrese usted que esta tarde vi a un hombre entregar una carta a la criada de la señorita. Al momento, y valiéndome de mil amenazas y promesas, obtuve esa carta y la leí, después de lo cual la cerré como estaba y la hice llevar a su destino.

Casimiro.

¿Y qué le decía?

Juan.

Mil cariños.

Casimiro.

Bien, ¿pero nada más?

Juan.

Cómo no, eso habría sido perder su carta; le propone una fuga para esta noche.

Casimiro.

¿Y Clara contestó?

Juan.

No... Antes de tener tiempo de hacerlo tuvo lugar su explicación con el tío y después de esto la he visto yo completamente tranquila.

Casimiro.

Sí; pero esa fuga...

Juan.

Usted y yo la impediremos si ella quiere llevarla a efecto.

Casimiro.

No, yo no puedo, no tengo derecho de tomar parte en este asunto.

Juan.

Yo no creo que ella consienta jamás, y en tal caso nuestra presencia servirá para atestiguar el caso y dar, si es necesario, una buena lección al mocito.

Casimiro.

No, y si ella sólo deja de hacerlo porque nosotros le salimos al paso, ¿crees que es éste un modo de conquistarme su amor?

Juan.

No importa; todo puede conciliarse de este modo; si ella se muestra a la cita y quiere huir, usted no se dejará ver y yo solo me hago cargo de todo, y en el caso contrario usted se muestra y tendrá la satisfacción de ser testigo de su inocencia.

Casimiro.

Bien, acepto de ese modo; pues si ella no acude a la cita, no podrá Enrique jactarse después de haberla despreciado.

Juan.

El debe llegar precisamente hasta esta pieza, pues esta puerta conduce al cuarto de la señorita. (Muestra una de las puertas de la izquierda.)

Casimiro.

¿A qué hora es la cita?

Juan.

A la una.

Casimiro.

Bien está, no faltaré (vase Juan).

ESCENA 7.^a

*Casimiro, después Aurora y Clara, después
don Claudio y doña Prudencia.*

Casimiro.

(Saludando) Señoritas...

Clara.

Por fin tenemos el gusto de verle, caballero.

Casimiro.

Algunas ocupaciones urgentes me habían privado del placer de venir a saludar a usted.

Clara.

¿Nada más que ocupaciones? Vamos, sea usted franco, alguna nueva amistad, sin duda.

Casimiro.

(A Clara) Usted sabe muy bien que nada me habría impedido venir si...

Clara.

¿Sí? (Entran doña Prudencia y don Claudio.)

Casimiro.

Si no hubiese creído ser importuno.

Clara.

¡Importuno! ¿Y por qué? ¿Duda usted de mi amistad?

Casimiro.

De su amistad no; pero usted sabe que siempre he aspirado a otro sentimiento más afectuoso de su parte.

ESCENA 8.^a

Los mismos y don Manuel.

D. Manuel.

Buenas noches, Casimiro, mucho celebro verte por acá. (Se va a la derecha mientras los demás conversan y muestra una pistola que trae oculta) Esto me servirá para infundirme valor... Quién hubiera jamás pensado que yo, un hombre pacífico y enemigo de aventuras, tendría que lanzarme en las azarosas peripecias de un drama nocturno, a la edad en que el arrojo y la fogosidad de la juventud decaen..., y todo porque Clara nació mujer y no varón.

Aurora.

El señor don Manuel debe ser en esto de la opinión de su señora.

D. Manuel.

Cómo no, señorita. Prudencia y yo hemos marchado siempre de acuerdo desde el día en que nos dimos el sí nupcial, (aparte) que a tener la experiencia que ahora poseo bien me hubiera guardado de pronunciarlo.

Aurora.

Doña Prudencia sostiene que los padres de una niña no deben preocuparse de la fortuna al elegir un novio para su hija.

D. Manuel.

Tiene razón; es la conducta que aconseja la experiencia; (aparte) que a observarla, yo me vería libre ahora de los siniestros presentimientos que me asaltan.

Casimiro.

(A Clara) Si yo creyese que usted lo ha olvidado, abrigaría la esperanza de que usted hará más tarde justicia a mi profundo amor. (Vase después de despedirse.)

ESCENA 9.^a

Los mismos menos Casimiro.

Don Claudio.

(Acercándose a don Manuel) No has observado, Manuel, que ese joven que acaba de salir parece querer reemplazar a Enrique.

D. Manuel.

Y lo reemplazará, ¿qué habrá en ello de extraño? Así son las muchachas; se meten en una trampa y el padre, que las saca, es quien queda en lugar de ellas.

Don Claudio.

Casimiro parece un excelente joven.

D. Manuel.

Y no tiene vanas minas.

Don Claudio.

Es de muy buena familia.

D. Manuel.

Ahora todas las familias son buenas, (haciendo ademán de contar dinero) con tal que tengan con qué probarlo.

Don Claudio.

Pareces preocupado.

D. Manuel.

¿Yo?, no tal, es que tengo sueño.

Don Claudio.

Es natural después de tantas agitaciones que te ha traído ese desgraciado asunto; pero, en fin, todo se ha concluído y te hallas ahora en plena calma.

D. Manuel.

(Aparte) No es mala la calma, yo te haría navegar en ella.

Don Claudio.

En fin, vete a dormir, que mañana estará todo olvidado; buenas noches.

D. Manuel.

Así te las dé Dios, (aparte) que de las mías es el demonio quien se ha encargado ahora. (Vanse don Claudio y Aurora.)

ESCENA 10.^a

Don Manuel y doña Prudencia.

Doña Prudencia.

Vamos, señor don Manuel, retirémonos para que los criados puedan apagar las luces y no sospechen nuestro proyecto.

D. Manuel.

(Aparte) ¡Se acerca ya la hora fatal! (Alto) No veo, hijita, qué mal puede haber en que lo sospechen.

Doña Prudencia.

Nada menos que frustrarlo previniendo de ello a Enrique.

D. Manuel.

¡Ojalá!

Doña Prudencia.

¡Cómo! ¿Usted dice ojalá?

D. Manuel.

Sí, ojalá que el cielo nos saque de esto a buen fin.

Doña Prudencia.

Espero que usted esté muy penetrado de la necesidad que hay de castigar la osadía de ese joven.

D. Manuel.

Tan penetrado estoy que esta idea va cobrando en mi cerebro las sombrías formas de una pesadilla.

Doña Prudencia.

¿Y por qué?

D. Manuel.

Porque tengo miedo de que...

Doña Prudencia.

¡Miedo! Usted debía tener vergüenza de confesarlo.

D. Manuel.

Usted no me comprende, Prudencia, y desconoce mi carácter: lejos de tener miedo, temo que la violencia de mi carácter sea causa de alguna desgracia.

Doña Prudencia.

(Riéndose) Pierda usted cuidado; usted sabrá moderarse.

D. Manuel.

Hace un año lo menos a que no veía reírse a mi mujer, y por cierto que para hacer esta rareza no ha andado muy feliz en la elección del momento.

Doña Prudencia.

Vamos, retirémonos, pues.

D. Manuel.

(Suspira) Retirémonos (vanse).

ESCENA 11.^a

Juan solo.

Juan.

En fin, ya se han retirado todos y nos dejan libre campo. Apaguemos pues estas luces..., (las apaga) y vamos a ver si los dos galanes son puntuales a la cita (vase).

ESCENA 12.^a

*Don Manuel solo. Sale en las puntas de los pies
y con la pistola en la derecha.*

D. Manuel.

Todo está en silencio... Ay, qué tinieblas... No sé por qué en la obscuridad la imaginación se complace en atormentarnos, y sea el fresco de la noche o por mi falta de hábito en esta clase de lances, siento un frío mortal apoderarse de todo mi cuerpo... (Se estrella contra una silla) Dios de misericordia..., no, es una silla... Siempre a la hora del peligro nuestras culpas vienen a saltar delante de nuestros ojos como otros tantos demonios que nos persiguen... Si entretanto rezase un credo o una salve... Mejor será que trate primero de orientarme para ponerme a cubierto de toda eventualidad... Lo que no puedo olvidar es la terrible amenaza de Enrique; su voz me persigue como una pesadilla... Nada tendría de raro que su proyecto fuese también hostil a mi persona...; pero yo soy un hombre inofensivo y gritaré aunque me digan cobarde.

ESCENA 13.^a

*Don Manuel, Juan y Casimiro, que entran por la
puerta del fondo.*

Juan.

Aquí nos pondremos en observación.

Casimiro.

Bien; no te olvides de mis condiciones.

Juan.

Pierda usted cuidado.

D. Manuel.

Juraría que siento la respiración de un hombre en esta pieza, aunque... bien puede ser Prudencia que estará roncando y se siente hasta aquí. (Juan hace ruido) Ah, ahora siento un calor que abrasa todo mi cuerpo y paréceme que un puñal alevoso va a internárase por la espalda. (Se da contra una silla.)

Casimiro.

¿Qué ruido es ése, Juan?

Juan.

Parece salir de aquella extremidad del salón (mostrando a don Manuel).

Casimiro.

¿Crees que haya podido entrar mientras estábamos en tu cuarto?

Juan.

Mucho me extrañaría, puesto que aún no es la hora.

D. Manuel.

Ah, si yo me atreviese a toser, creo que esto calmaría la agitación en que me encuentro.

Juan.

Lo peor sería que nos llevásemos el chasco de esperar en vano.

Casimiro.

Quién puede ser.

D. Manuel.

Oh, esta vez estoy seguro de que oigo una respiración... y no pueden ser los ronquidos de mi mujer, porque los conozco demasiado..., ni tampoco puede ser gato, porque no los hay en toda la casa. (Juan hace ruido contra una silla y don Manuel trata de esconderse debajo de la mesa) Virgen santísima, ese ruido debe ser hecho por un ser racional, y yo que podía hacer confiado a Claudio este malhadado proyecto... Vamos, parece que la mesa se ha achicado ahora.

Juan.

No he vuelto a sentir ningún ruido.

Casimiro.

(Sentándose y haciendo ruido con la silla) Yo creo que todavía tendremos mucho que esperar.

D. Manuel.

(Sobresaltado) ¡Otra vez! Ah, esto es ya insufrible; yo siento que las fuerzas me abandonan, puedo desmayarme y ser asesinado sin defensa; voy a despertar a Claudio... (Se dirige a la puerta de la derecha y se encuentra con Juan, que le toma por el cuello de la levita.)

Juan.

Miserable.

D. Manuel.

(Cae de rodillas y suelta la pistola.) Perdón..., ya estoy desarmado.

Juan.

(A Casimiro) Encienda luz, señor; yo no lo suelto.

D. Manuel.

Son dos y van a matarme sin remedio; perdón, yo no diré nada..., prometo ser mudo toda mi vida.

Juan.

¡Qué voz es ésta! (Casimiro enciende un fósforo y lo acerca a la cara de don Manuel.)

Casimiro.

¡El señor don Manuel!

D. Manuel.

(Cubriéndose el rostro) ¡Ah, qué cara de bandido!

Juan.

Señor don Manuel, soy yo, Juan, vuestro criado.

D. Manuel.

(Levantándose) Ya lo sé, no grites tanto, yo quería ver lo que ustedes iban a hacer... ¿Buen susto se han llevado, eh?

Casimiro.

La verdad es que no era para menos.

D. Manuel.

Ahora estoy yo con ustedes. No tengan ningún cuidado.

Juan.

Valiente compañía, por cierto. (Apaga la luz que ha encendido Casimiro) Esta luz puede traicionarnos.

D. Manuel.

De manera que ustedes sabían...

Juan.

Todo, pongámonos aquí y no hagamos ruido.

ESCENA 14.^a

Los mismos. Enrique por el fondo y don Claudio por la derecha.

Don Claudio.

Estoy seguro de haber oído hablar en esta pieza, ¿quién puede ser? ¿Ladrones en el interior de la casa?, no es probable...

Enrique.

Por fin, ya toco a mi venganza. Y ese infeliz de don Manuel que creyó que con despedirme de la casa se había librado de mí... No, señor, tendrá que ser mi suegro mal que le pese.

D. Manuel.

(A Juan y Casimiro) Yo he oído pasos, ése debe ser mi ex yerno, el raptor.

Juan.

Pues, señor, aquí es el caso de mostrar energía.

D. Manuel.

(Poniéndose una silla por delante) Ya lo verás; en estos casos es cuando yo me pongo en mi misión.

Enrique.

Ella no me ha contestado; pero quien calla otorga, como dicen. (Se acerca a la puerta de la izquierda) Está cerrada..., y la maldita criada que me dijo que ella me esperaba; (golpeó despacio) nadie responde.

Don Claudio.

¿Qué golpes son esos? Es necesario llamar gente. (Se dirige a la puerta del fondo.)

Enrique.

Tendré que llamar a la criada. (Se dirige a la misma puerta y se estrella con don Claudio.)

Don Claudio.

(Tomando del brazo a Enrique) ¿Quién es usted, amigo?

Enrique.

(Id.) Y usted, ¿quién es?

Juan.

(A don Manuel) Vamos, señor, ya es tiempo. Son dos; encárguese usted de uno y yo daré cuenta del otro.

D. Manuel.

(A Juan empujándolo) Anda no más, que yo no los dejaré escaparse. (Se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA 15.^a

Los mismos menos don Manuel. Juan y Casimiro se arrojan el primero sobre don Claudio y el segundo sobre Enrique.

Juan.

Alto ahí, caballero, de aquí no se sale.

Enrique.

Hola, ¿conque había emboscada?

Juan.

¿Conque os gusta robar niñas, señor del Cuerno de Abundancia?

Casimiro.

Ya ve usted, caballero, que no era mujer la que lo ha esperado.

ESCENA 16.^a

*Los mismos y don Manuel, que trae una luz;
doña Prudencia después.*

D. Manuel.

Ahora nos veremos las caras.

Enrique.

Ah, señores, es necesario confesar que ustedes son muy hábiles si no valientes, pues se han juntado cuatro para defenderse de un solo hombre.

Juan.

(A Enrique) Sin duda que usted es el más valiente, pues tiene el arrojo de venir de noche a la casa de donde lo han arrojado como a un perro dañino.

Enrique.

¡Insolente! Cállate; tú no eres más que un criado.

Juan.

Eh, señor, un criado vale más, en todo caso, que un caballero... de industria.

D. Manuel.

En fin, señor, ¿qué ha venido usted a hacer a esta casa de donde he tenido el honor de despedirlo?

Enrique.

Vine para tener el honor de llevarme a su hija, que me ama a despecho de usted.

ESCENA 17.^a

Los mismos y Clara, que entra por la puerta de la izquierda.

Clara.

Se engaña usted completamente, caballero; yo no puedo amar a un hombre sin delicadeza.

Juan.

(A Enrique) Ya ve usted, mi amo, que la niña se ha broceado completamente.

Enrique.

(A Clara) Usted me ha vendido.

Juan.

Qué ganancia sacaría de ello cuando usted no vale un centavo.

D. Manuel.

Usted convendrá en que ahora podemos tener el honor de mandarlo a dormir a la cárcel.

Enrique.

Ustedes son los más fuertes y pueden hacer lo que les plazca.

D. Manuel.

Pero nos contentaremos con enviarlo de aquí con su propia vergüenza.

Juan.

Pues entonces, señor, lo manda usted completamente solo.

Enrique.

(A don Claudio) Señor don Claudio, usted que sabe tan-

tas cosas, me parece que verá con gusto el estilo epistolar de su señora (le pasa una carta).

Don Claudio.

(La quema en la vela) Como estoy seguro de que es alguna infamia de usted, éste es el caso que hago de ella.

Juan.

Le repetiré, señor mío, que la mina está broceada; en balde le da usted pique; (mostrándole la puerta) mejor será salir por la bocamina.

Enrique.

(Aparte) Ah, yo trataré de vengarme (vase).

ESCENA 18.^a

Los mismos menos Enrique.

D. Manuel.

De manera, hijita, que usted aprueba la conducta de Juan y Casimiro.

Doña Prudencia.

Enteramente, me parece un joven digno de todo aprecio.

D. Manuel.

(A Casimiro) La señora me encarga manifestarle nuestro agradecimiento por el interés que usted ha tomado en este asunto... y si en algo puedo serle útil.

Casimiro.

(Mirando a Clara) Gracias, tal vez dentro de poco tenga que reclamar su apoyo para un asunto de mi mayor interés.

D. Manuel.

Cuando usted guste, hable usted con confianza; que yo soy el jefe de la familia.

El Correo Literario (11-IX-1858 y otros números).